

La educación del educador

OVIDIU BADINA

1. El cuerpo docente —maestros, profesores— es un elemento esencial en la modernización de la sociedad. En última instancia, los resultados de su actividad se reflejan no solamente a nivel escolar, sino también en la economía y en la cultura nacional, es decir, en la producción de los bienes materiales y espirituales que serán creados por los alumnos. Esta es la razón por la cual las soluciones improvisadas no tienen efecto; se trata de asegurar los cuerpos docentes necesarios y sólidamente calificados. Y esto se vuelve aún más evidente si se tienen en cuenta las mayores exigencias del futuro. Por el contrario, un cuerpo suficiente de maestros en una clase, por la creación multilateral de cultura, dará a la sociedad jóvenes con una sólida formación y una producción de buena calidad, amén de restituirle sus inversiones, a primera vista superfluas. Tales cuerpos deben ser suficientes para poder ocuparse lo bastante de cada alumno, y estar ayudados por un personal auxiliar que permita a cada maestro disponer del tiempo necesario para el estudio individual y la meditación, el desarrollo de su personalidad en la vida social dada.

2. Una correlación entre la escuela y el futuro reclama no sólo el perfeccionamiento de lo que existe, sino también construcciones intelectuales y materiales nuevas en un sistema coherente y unitario. En el circuito de grados deben postularse, justificarse y determinarse en un encadenamiento firme que demuestre completamente la afirmación paradójica en apariencia, de que el estado de la formación intelectual y de la instrucción escolar, en aldeas o ciudades, refleja el nivel de la enseñanza superior. El nivel de esta enseñanza depende, a su vez, del nivel escolar general, porque el grado de formación y la calidad ética profesional de los maestros y de los profesores de escuela son obra de la enseñanza superior, en el transcurso de una sucesión ininterrumpida de generaciones.

Tampoco podremos edificar la escuela de la sociedad futura sin un cuerpo docente que se muestre en correlación anticipada con el espíritu de la sociedad socialista, por lo menos en un grado casi perfecto, o sea un cuerpo docente formado en los liceos e institutos pedagógicos, y en las facultades de enseñanza superior bien organizadas y bien doctas.

La aspiración a un cuerpo docente que tenga un porcentaje elevado de personas con una formación superior, y principalmente a nivel escolar general, no es una utopía, sino una necesidad imperiosa, y posible, para la edificación del socialismo de Rumania, en las próximas décadas. El bagaje de la base intelectual de nuestra patria en vista de sus progresos futuros, es tan indispensable para la economía socialista industrializada como su equipo técnico. Aun cuando se trate de un equipo del grado más elevado de automatización, su rendimiento depende, a fin de cuentas, de los conocimientos, de las calidades intelectuales, del nivel moral del hombre que dirige la máquina; incluso si la máquina “funciona sola”, es siempre el hombre quien se encarga de su mantenimiento. Sería erróneo imaginar que en la sociedad de hoy en día, lo mismo que en la posterior a 1980, podrían aún encontrarse ejemplares arqueológicos de maestros que repitieran los viejos personajes —modelo de una literatura no realista—, del maestro mediocre que cultiva, estéril, una pasión falsa y desafortunada y no se preocupa de la renovación continua de sus conocimientos. El cumplimiento cabal de sus deberes, característica fundamental del hombre de la sociedad socialista moderna, debe estar en correlación estrecha con un nivel intelectual y una situación social muy elevados, es decir, al nivel real de esa eficiencia económica, social y cultural. La sociedad de los años posteriores a 1980, que ya ahora preparamos, necesitará muchos educadores que tengan una formación multilateral, de alto nivel, capaces de resistir, por lo que dicen y —sobre todo— por lo que hacen, la comparación que se establezca en su mundo con los medios multitudinarios de comunicación. Y esto en las escuelas, los clubes, las casas de cultura, en todo el vasto campo en el cual el hombre moderno ejerce su derecho a la cultura.

3. Tal educador estará dispuesto a afrontar, con verdaderas oportunidades de éxito, aun en un medio retrógrado, porque estará sostenido no solamente por el aparato local, político, económico, administrativo y cultural con el que coopera, sino también por su propia armadura intelectual y moral, y protegido por una categoría social y profesional elevada.

Seguro de su vocación, dueño de sus medios intelectuales, dotado de una escuela bien equipada, y consciente de la responsabilidad social que le corresponde, ese educador tendrá ante el material humano

que se le ha pedido que forme, el sentimiento de certidumbre experimentado por un constructor encargado de edificar un edificio grandioso. Si el ingeniero o el especialista del campo técnico puede trabajar según prototipos y fabricar *en serie* y en proporciones multitudinarias, el educador no trabaja en una gran fábrica, sino en un inmenso laboratorio experimental, donde *crea ejemplares únicos*, si bien en proporciones también multitudinarias.

El educador —es un hecho reconocido unánimemente—, si lo es en verdad, sabe que el trabajar con los hombres y “modelar” a jóvenes no es menos difícil que construir diques para contener un torrente y levantar una central hidroeléctrica. Del mismo modo que se considera normal que en la construcción de cualquier empresa industrial se disponga del equipo necesario, conviene dotar a la escuela moderna del equipo indispensable al nivel más alto, pues ahí formaremos a los creadores del ciudadano de mañana, organizador y dirigente de la sociedad moderna. Sólo en una situación organizada, que responda a los objetivos propuestos y eliminen la improvisación, podrán los educadores orientar la unidad social en donde trabajen hacia las acciones que preparen el futuro. Se sabe que los resultados del trabajo en el ámbito de la enseñanza dependen de la calidad de la formación de los cuadros docentes, de la dotación a la escuela de todo el equipo técnico y científico necesario para la formación del ciudadano en un espíritu moderno, y de la modificación de los programas en función de las necesidades presentes y futuras. La imagen del maestro lanzado a la aldea o a la ciudad en pleno proceso de desarrollo, se enfrentará a problemas complejos, y teniendo la oportunidad para reflexionar sobre su formación, deberá eliminar en gran parte la eventualidad del fracaso.

4. Con una concepción tal del papel de la escuela, de su profesión y de sí mismo, y con un respaldo social e institucional como éste, el futuro educador podrá realizar una enseñanza creadora. Esta se hará usando el programa escolar con competencia intelectual y con el arte pedagógico que ha adquirido en gran parte desde los años de aprendizaje. Así podrá informar y sobre todo despertar, desarrollar y educar las capacidades de sus alumnos.

Ya no estamos hoy, ni menos podemos permitirnos estarlo mañana, en la etapa de inicios y tanteos, porque una sociedad informada no acepta sino soluciones adecuadas. El agricultor, conocedor de los fertilizantes en una agricultura mecanizada, el obrero acostumbrado a manejar un equipo automático de alto nivel, y la aldehuela familiarizada con un nivel técnico elevado, desaprobó el atraso del sistema escolar que debe formar a sus hijos para el futuro. Las profesiones cuya existencia conocen incluso los campesinos de las rancherías más

alejadas, así como los profesores en quienes piensa el joven del medio rural e industrial, reflejan hasta qué punto se han familiarizado los hombres de diferentes medios sociales con el fenómeno de la modernidad; sus declaraciones son el síntoma de justificadas aspiraciones a una promoción social que no puede desatenderse sino al precio del descrédito.

5. Es errada la opinión según la cual mañana, o en determinado momento, el proceso educativo pudiera prescindir del educador, como persona humana. Pensar que lo pudiéramos reemplazar por una maquinaria, sea un robot parecido a un hombre, una cinta magnética, un disco, una película, un aparato de radio, un televisor o cualquier otro artefacto constituye una equivocación fundamental, porque *prolongar* el radio de acción del maestro por medios modernos no significa reemplazarlo por éstos. La utilización de esos medios en el proceso educativo no significa modernización de la enseñanza, puesto que pueden utilizarse en un contexto que puede o no ser moderno. Un instrumento moderno en un contexto conservador, o la transmisión de viejas ideas por técnicas modernas, no significa modernización sino todo lo contrario. Hay que concentrar la atención en primer lugar sobre el contenido del proceso que queremos realizar y sobre la utilización de medios modernos *adecuados* a ese fin.

Si atendemos a la relación profesor-alumno, debemos subrayar que se trata de una *profundamente humana* en otro plano; aparece también en otras formas: en la relación padres-hijos, en la amistad, en el amor. La eliminación de esta relación crearía un vacío en el mundo interior del individuo, dentro del marco de una utilización excesiva de la técnica. Tal relación, necesaria durante toda la vida para los hombres de gran cultura y también para quienes están instruyéndose, se da en especial durante los años de primer aprendizaje en la escuela, gracias a los maestros, cuya personalidad marca la formación del alumno, así como la lectura y otros intereses de orden intelectual y moral. Los esfuerzos para la formación y la remuneración de tales maestros revierten a la economía nacional con una alta rentabilidad.

Según la perspectiva de este tipo de vocación pedagógica, se entiende que se orientarán hacia la enseñanza personas altamente calificadas.

6. Las investigaciones contemporáneas especializadas* han hecho resaltar el papel esencial que tienen los maestros calificados en el desarrollo de la educación, así como la importancia de una formación

*Ver también "Premier degré et enseignement secondaire général", Organisation des Nations Unies pour l'Éducation, la Science et la Culture. Comité d'experts sur la formation des enseignants. Rapport final, París, 4-5 diciembre 1967, Ed./CS/177/6 París, 20 de marzo, 1965.

didáctica en correlación con las necesidades actuales y futuras del hombre y de la sociedad. Estas investigaciones han subrayado el hecho de que la rapidez de las transformaciones sociales y técnicas que tienen lugar en el mundo, exigen a los maestros la capacidad de adaptarse a estas transformaciones y de explicarlas a sus alumnos. Para ello, deben mejorar continuamente en formación profesional. La responsabilidad social de los maestros en la sociedad moderna no se limita a la enseñanza de distintas materias, también incluye la función de ser animadores intelectuales de la colectividad, o sea que deben animar a la colectividad con competencia profesional, en el sentido del progreso social y ético y en el espíritu del dinamismo cooperativo. El maestro debe estimular el espíritu creador, la tendencia hacia la investigación sistemática y hacia la elaboración de ideas nuevas. Su formación profesional deberá necesariamente combinar el conocimiento profundo de los métodos pedagógicos modernos con la comprensión de la sociedad en distintos contextos.

El papel social que acabamos de bosquejar requiere que los maestros tengan, además, la capacidad para utilizar, sobre la base de conocimientos generales, su espíritu de investigación, los recursos naturales y sociales ofrecidos por el medio y la técnica, para beneficio de la comunidad.

Una formación de este tipo comprende necesariamente la preparación de maestros como especialistas y pedagogos y la elevación del nivel de las escuelas normales.

Así, será posible precisar mejor la categoría social de los maestros, proceso que supone una acción multilateral y concéntrica sobre la opinión pública, pero también sobre la conciencia de ellos mismos. La dignidad profesional y la confianza de los maestros, resultado de la consideración que le muestran sus conciudadanos, constituye un factor estimulante para que los jóvenes se interesen en la carrera didáctica. Esta debe ofrecer, paralelamente al gran campo moderno de actividad, buenas condiciones materiales y un prestigio social. El desarrollo cultural y profesional de la zona rural, un equipo moderno en sus escuelas y maestros altamente calificados no son consideraciones utópicas, sino más bien una necesidad fundamental en esta etapa de desarrollo multilateral de nuestra sociedad.

7. La formación de docentes para la enseñanza en todos los grados supone no solamente una sólida asimilación de conocimientos de su especialidad, sino también una práctica pedagógica adecuada, junto con la asimilación de los elementos científicos necesarios que permitan descubrir y formar hábitos de investigación.

Quizá más que los investigadores, los que tienen la intención de dedicarse a la enseñanza necesitarán ciertos conocimientos relaciona-

dos con la orientación profesional, que permitan un trabajo efectivo en lo que se refiere a la presencia de la escuela en la vida, a la formación de la personalidad de los individuos sobre los cuales se concentra el proceso educativo.

La formación pedagógica no supone sólo la enseñanza de disciplinas tradicionales tales como la pedagogía y la psicología y de otras disciplinas nuevas, con un perfil general como la sociología y la ética. También debe incluir la enseñanza de la disciplina en la cual se ha especializado el maestro (química, física, matemáticas, lógica, estética, historia, literatura, etcétera) en una vista de conjunto del campo (ciencias naturales, ciencias del hombre, ciencias de la sociedad, etcétera).

8. La dotación de maestros de buena calidad profesional difieren, sin embargo, en función del medio (urbano o rural) e incluso en función de la forma de desarrollo económico de distintas zonas geográficas y de su grado de urbanización.

La capital y las grandes ciudades son las más solicitadas porque los interesados no han sido informados suficientemente del potencial de promoción de otras localidades, y también porque el gran plan de manejo administrativo territorial y de modernización del país y sus importantes efectos, especialmente en el medio rural, no se han popularizado lo suficiente.

Gracias al progreso económico y sobre todo al constante progreso cultural, los lugares de trabajo que requieran una calificación cada vez mejor se multiplicarán. Esto sucederá en las localidades que tengan no sólo el equipo técnico y el material necesarios para una actividad social y económica intensa, y perfeccionados en cuanto a organización y tecnología, sino también el equipo intelectual de las ciudades verdaderamente modernas, donde el florecimiento multilateral de la persona se reclama y se hace posible como realización y manifestación.

Evidentemente, una perspectiva como ésta interesa a todos, pero más aún atrae al cuerpo docente que ha sido formado para conocer, desear y militar en la escuela y para la escuela; y que trabaja para su comunidad con el fin de lograr niveles más elevados material y espiritualmente en la sociedad.

Condiciones principalmente objetivas —económicas, sociales e históricas— han determinado una cierta depreciación de la profesión de maestro, lo que se ha manifestado en la forma de reclutamiento, de formación y de remuneración, y también en el medio donde debe ejercerse la profesión.

En realidad, ningún otro cuadro intelectual tiene una función más directamente ligada a la influencia sobre las colectividades humanas,

niños y adultos. Los maestros tienen incluso una responsabilidad en la formación posterior a la instrucción escolar, en preparar a sus alumnos para poder alcanzar un alto nivel en lo económico, lo social y lo cultural. Su eficiencia se hace sentir en un periodo muy breve (agricultura, escuelas profesionales) o por lo menos no muy largo (liceo de especialidad, escuelas técnicas, etcétera). Su responsabilidad llega aún más lejos con repercusiones constructivas a través de la sucesión acumulada de conocimientos de una generación a otra.

En la etapa de la construcción de la sociedad no existe prácticamente ninguna profesión o especialidad saturada, ni en el medio urbano ni el medio rural, aunque haya gente con una formación realmente adecuada, adquirida en la escuela; no obstante, en la apreciación cuantitativa, incluiremos también cuadros improvisados.

Así pues, para el periodo que consideramos las necesidades económicas, sociales y culturales, atraerán a las diferentes localidades un número creciente de personas con exigencias superiores de orden intelectual, moral y espiritual, capaces de crear un marco social adecuado a esas exigencias, disponiendo de medios suficientes de financiamiento.

En estas circunstancias, la capital y las que ahora son grandes ciudades ejercerán una fuerza de atracción menor que las localidades en pleno desarrollo, gracias a una disposición que depende de los proyectos modernos de urbanismo. Estos favorecen la aparición, aseguran la consolidación y determinan el desarrollo continuo de un marco social en el cual no se anulará el nivel alcanzado por la formación escolar, sino que se le pedirá continuamente que sea actual y —es inevitable— que se perfeccione sin cesar.

Para que la elección de un joven por tal o cual profesión, o por ésta o aquella localidad sea eficiente, es necesario ofrecerle no solamente información sobre la situación actual del mercado de trabajo profesional, y el estado de modernidad y desarrollo de las localidades. Deberá ofrecérsele sobre todo la información acerca de la situación del mañana; más aún, no sólo la que refleje, lo que encontrarán cuando ocupen su puesto, sino sobre todo la que les haga saber lo que tendrán que realizar en lo futuro en las localidades respectivas. Una información como ésta puede darse no solamente en el modo habitual, sino también bajo formas muy sugestivas, por medio de la prensa, la radio, la televisión y demás; y asimismo en la escuela, por el profesor de grupo, tanto en el momento de las inscripciones como después a través de conversaciones, fotos, maquetas y elementos similares.

La estimación de las necesidades futuras de educadores no puede fundarse exclusivamente en el desarrollo preponderante de un sector

económico, social o cultural, ni aun sobre la perspectiva de la evolución demográfica; tiene que basarse también en la ponderación de los requerimientos de una población en continuo progreso técnico, científico y sobre todo cultural.

9. Conviene hablar de la formación de los docentes futuros, en primer lugar, con respecto a las exigencias de la sociedad rumana en una perspectiva de pleno desarrollo.

De hecho, desde ahora, formamos no solamente a los maestros que desarrollarán su actividad durante el noveno y décimo decenio de nuestro siglo, sino también a quienes por su parte formarán a los hombres que tendrán que responder a los problemas que sean formulados durante los primeros decenios del siglo próximo. Esta es la razón por la cual me parece legítimo que toda propuesta relativa a la preparación de maestros sea hecha con un espíritu de anticipación y desde las perspectivas adecuadas. La introducción en los programas de ciertas disciplinas, como la sociología o la ética, que amplían considerablemente el horizonte político, la comprensión y la iniciativa social creadora de alumnos (y que por cierto ya figuraban en los programas de nuestra escuela), no bastan para conseguir aquel objetivo: se necesita una *nueva actitud con respecto a las materias impartidas y a la función de éstas en el nuevo programa escolar*. La nueva función consiste en acentuar el papel formativo de todas las materias, en el desarrollo de su utilización con miras a educar las capacidades para orientarse en el mundo. Esta es la razón por la cual pensamos que el proceso de formación de la capacidad del hombre debe ocupar el centro de nuestra atención. El maestro *debe formarse* por todos los medios de información que la sociedad ha puesto a su disposición, debe estar con su época, receptivo a las novedades de su campo, lo mismo que a los cambios del medio al que se dirige, siempre dispuesto a encontrar y utilizar, en este contexto, las formas más apropiadas.

Si aceptamos la idea de que los futuros pedagogos y profesores deberán ser hombres capaces de pensar y de actuar al nivel de su época (los primeros años del tercer milenio) y de formar a los constructores de la sociedad comunista, debemos desde ahora estudiar a fondo el problema de la estructura de los programas y de las modalidades de enseñanza, y también de la institucionalización de la formación de los docentes.

Desde ahora debemos comprender que el mundo que llega y que preparamos conscientemente, necesita personalidades capaces de actuar con conocimiento de causa, hombres que sepan pensar y que tengan la iniciativa para organizar en forma creadora su tiempo, y estructurar con discernimiento su ocio.

Por ello, considero obligatoria la formación de los futuros maes-

tros con un espíritu revisado, y que atienda los problemas modernos de la cultura en general y de la cultura moderna en particular, y también en la formación general del especialista, hombre-ciudadano que tiene un horizonte amplio y una gran sensibilidad. Además, la sociología y la ética deberán ocupar, desde ahora, en la enseñanza superior, un lugar de honor, teniendo en cuenta el hecho de que en poco tiempo formarán parte de la enseñanza general obligatoria. Estas son las necesidades de la época.

En lo que se refiere a la formación de los futuros maestros, pienso que es absolutamente necesario que en la normal o en otras escuelas, la instrucción pedagógica esté presente en la actividad de todos los profesores cuando enseñen las demás materias. La conciencia del hombre se forma no sólo en el estudio de la pedagogía o la moral, sino en un proceso infinito en el que actúa una multitud de factores. Esto requiere una cooperación activa entre todos los que ejercen una influencia sobre la formación, especialmente los maestros.

Estamos firmemente convencidos de que lo que afirmamos aquí no es sueño ni utopía. Si queremos edificar sólidamente la sociedad del mañana, tenemos la obligación de ocuparnos de la formación del cuerpo docente; la educación del educador vista como un proceso complejo es un aspecto de la educación permanente. La formación de los educadores toma en cuenta el hecho de que se trata de especialistas que modelan hombres que viven, trabajan y trabajarán en condiciones determinadas por el lugar y la época. La sola consideración de cómo debe ser la educación del educador para hacerlo capaz de comprenderse y de ayudar a otros a comprenderse y ver su lugar en la sociedad que edifican, representa un paso importante en la resolución del problema que nos ocupa.